

# JULIO Y SU PAPÁ

(Homenaje a Guy de Maupassant)

Una llovizna ha oscurecido ligeramente el patio. La hilera de alumnos invade el cemento y se disuelve en racimos sobre la cancha de básquet. Julio baja las escaleras cuando siente una sacudida en el hombro. Es Pete, que tiene los ojos brillantes, las cejas anchas y los dientes gruesos que parecen batirse mientras habla.

—Tú no tienes papá —dice Pete—. Ya me contaron todo. Oigan, oigan, Julio no tiene papá. No tiene papá.

Pablo, Jhon, Jaime y Christian se acercan. “No tiene papá”, insiste Pete. “Julio no tiene papá”. “Yo también sabía. Ya sabía”, dice Christian.

Julio los oye, paralizado por el asombro, por la cólera. Una llamarada lo abrasa por dentro. Voltea hacia Pete y lo empuja contra el muro despintado. Pete alza los brazos. Su espalda rebota en el yeso.

Julio levanta la rodilla pensando que Pete va a correr hacia él. Pero Pete se acerca de costado y alza la pierna. Julio siente un remezón en las costillas. El cemento le arde en las manos. Se levanta de un salto y voltea hacia Pete.

Para entonces ya se ha formado un círculo de brazos y voces; su amigo Toño lo está animando. “Pégale, Julio”, le dice. Los demás gritan animando a Pete, su collera de Christian, Jorge y Jhon.

Julio se agacha, lo coge de la rodilla, y ve a Pete caer. Tiene la camisa embarrada y los ojos luminosos.

Pete salta hacia él con la pierna arriba, le da en la cintura y Julio cae raspándose el codo con líneas de sangre. Desde el suelo jala los zapatos negros de Pete. Entonces ocurre lo peor. De un salto Pete se sienta sobre su cintura y lo martilla con golpes en la cabeza. Julio estira los brazos pero el granizo de puños es demasiado intenso sobre su cara y sus hombros. Por fin, con alivio y con humillación, siente que un profesor está moviendo ese peso de su estómago y que Toño lo ayuda a levantarse. Un velo de sangre no lo deja ver bien al grupo de muchachos exaltados que el profesor ya dispersa.

En la oficina del director, Julio tiene una curita en la frente y espera junto a Pete en la silla. No se hablan. Él también tiene su buen moretón en la pierna que lo ha hecho cojear hasta allí.

El director es un hombre de edad mediana, flaco, de patillas, que podría ser la reencarnación del general San Martín.

Tiene la voz débil y ronca, como una flauta resfriada.

—No quiero estos líos en el colegio —dice sentándose frente a ellos—. ¿Por qué ha sido esto? Díganme.

—Por nada —dice Pete—. Yo soy de la “U” y él es del Alianza. Por eso nos peleábamos.

El director mira hacia Julio que baja los ojos. Julio siente ganas de llorar pero retiene las lágrimas.

—El sábado vienen a limpiar el colegio —dice el director—. A las ocho. Y no quiero más líos, ¿me entienden?

—Sí —dice Pete.

–¿Y tú? –el director mira a Julio.

–No va a haber más líos, señor director.

Julio llega a su casa. Su madre tiene una peluquería en la esquina, junto a la bodega. Hay fotos de mujeres de ojos azules y pelo castaño largo, tienen sensuales labios rojos. Un letrero dice: “Un rostro hermoso es una fiesta del alma”.

Adentro hay tres sillas, un espejo, brochas, tintes, mascarillas, pinceles y hasta una secadora de pelo que ha ido comprando mientras el negocio progresaba.

–¿Qué pasó? –le dice su madre.

–Nada.

–¿Nada?

–No.

Julio deja sus libros bajo la cama. Detrás del salón de belleza hay dos cuartos, una cocina y un baño. Junto a su cama está la mesa de fórmica donde él hace sus tareas.

Entra al baño.

–Tuve una pelea –dice desde allí–. Y tengo que ir a trabajar el sábado. Es un castigo.

–¿Una pelea? ¿Pero por qué? Déjame verte.

Su madre se acerca pero Julio le coge la mano.

–Ya me curaron en la enfermería.

–¿Pero por qué fue la pelea?

–Por el fútbol –dice.

En ese momento la señora Cano entra a la peluquería. Su mamá sale a recibirla. “Se bautiza mi nieto”, dice la señora, “y quiero verme regia, oye”.

Su madre se queda afuera. Julio se sienta en su cama y hunde la cabeza entre las manos. Una corriente de frío se cuele por la ventana del baño y lo hace temblar.

El sábado, después de barrer y cargar bultos en el colegio, sale sin mirar a Pete y va hacia la calle Dante. Allí tiene su taller Simón.

Las cuadras son largas. Julio camina rápido. ¿Estará Simón allí?

Llega al portón verde despintado. Allí están los hombres en mameluco, cortando unas varas negras. La oficina es una mesa con dos sillas, un calendario de la panadería “Arredondo” y una ventana rajada. Por fin lo ve. Simón tiene puesta la visera. Está soldando dos fierros. Las chispas bailan sin parar. Hay una estructura de tubos y rejillas de fierro en el suelo.

—Simón —dice Julio.

Se quita la visera. Aparece su pelo ensortijado, su frente ancha, sus ojos grandes y bondadosos. Es un hombre de cuarenta y tantos años rejuvenecido por su generosidad.

—Hola, Julio. Tiempo que no te veía —le sonrío.

Los dos habían ido a un grupo de estudios de la Iglesia un tiempo antes. Julio había acompañado allí a su madre. En el camino de regreso muchas veces Simón caminaba con ellos.

Hablan de los estudios de Julio.

—¿Y cómo va el trabajo aquí? —le dice.

—Más o menos. Defendiéndonos.

—Simón. Quiero preguntarte algo.

—¿Qué?

–¿Puedes ser mi papá? ¿Aunque sea un ratito?

Simón parece entender de pronto todo lo que ha pasado. Quizá ya sabe de la pelea en el colegio.

–Si quieres –dice–. Yo puedo decir que soy tu papá.

–¿Podrías recogerme el lunes del colegio? Yo voy a decir que vas a recogerme.

–Bueno. El lunes te recojo del colegio.

El profesor de Química era el señor Lozano y siempre los recibía parado delante de su escritorio con los ojos negros fijos en el vacío (y sin embargo parecía estar mirando a cada uno). Tenía piernas cortas y rectas, brazos de boxeador y una corona de pelo que apenas lo salvaba de la calvicie.

El profesor Lozano se hacía respetar por su equilibrio, su paciencia, y sobre todo por la naturalidad con la que explicaba las fórmulas y castigaba a algunos alumnos escogidos. “El agua viene del hidrógeno y el oxígeno, como saben”, decía. Julio estaba sentado cerca de la carpeta de Pete y oyó el ruido viscoso de murmullos.

–El agua viene del hidrógeno y del oxígeno –dijo Pete–. Pero Julito no sabe de dónde viene. No tiene papá.

Hubo un reguero de voces.

–Yo sí tengo –contestó Julio.

–¿A ver? ¿Quién es tu papá?

–Además miren a Alfredo –discutió–. Él tampoco tiene papá.

–Alfredo sí tiene.

–No. Su papá murió.

–Murió –dijo Pete–. Está enterrado. Pero allí está. Él sí tiene papá.

–¿Qué pasa? –dijo la voz ronca del profesor–. Si siguen hablando salen al patio ahora mismo.

Hubo un silencio mortal. Julio sentía que los dientes le temblaban, pero no de temor ni siquiera de rabia sino de una extraña, violenta necesidad de huir.

Hubiera querido pararse y salir de la clase en ese momento pero se contuvo.

A la salida, las cuadrillas de alumnos avanzaban lentamente hacia la puerta. Julio se quedó un rato parado. Esperó. Vio a los demás salir a su lado. Miraba hacia el fondo de la calle. Una vendedora le daba caramelos a Toño y Alfredo. Atrás había otro grupo que esperaba el micro.

Por fin lo vio.

Simón estaba caminando hacia él con trancos rápidos. Tenía una camisa azul sin los dos botones de arriba. Estaba muy apurado, con una sonrisa.

–Hola, Julio –le dijo.

–Hola.

Julio vio, con alivio, que Pete y un grupo salían en ese momento.

–Es mi papá –le dijo Julio– y ha venido a recogerme.

–¿Tu papá? –Pete abrió las aletas de la nariz.

–Sí –dijo Simón–. Vine a recoger a Julio. Y voy a venir cuando pueda. Y si tú te portas mal, Pete, vas a ver nomás.

Simón lo cacheteó suavemente.

Pete lo miraba con los ojos abiertos como platos. Salió corriendo.

Julio caminó al lado de Simón.

Cruzaron la calle. No hablaron. Simón lo dejó en su casa y se despidió de él con una palmada en el hombro.

–Chau, Julio.

–¿No quieres pasar?

–Tengo que volver al trabajo. Hay que entregar una reja más tarde. Vienen a las siete.

–¿Y el domingo? ¿Puedes venir? Acá hay una televisión, si quieres ver el partido –dijo Julio.

Simón miró hacia la esquina. Volteó hacia él.

–De repente –dijo.

–¿Julio? –dijo su mamá–. ¿Estás allí?

–Sí, mamá. Estoy con Simón.

Su mamá salió. Se había cortado el pelo y ahora se veían mejor sus mejillas redondas, sus cejas oscuras y espesas y sobre todo sus ojos marrones. Estaba hermosa.

–Hola, Celinda –dijo Simón.

Ella sonrió. Celinda sabía de los problemas que había tenido Simón con su mujer. Él ya conocía la historia de ella.

–No te veía desde que íbamos al grupo de la Iglesia.

–Sí.

Un ómnibus pasó cerca. Una nube negra de fierros los interrumpió.

–A ver si vamos otra vez. Hay un ciclo que empieza el martes.

–Le he dicho para que venga el domingo, mamá. A ver el partido.

–Claro.

–A lo mejor –dijo Simón–. Si no hay nada de trabajo urgente, vengo. Me gustaría.

–El partido empieza a las tres. Podemos almorzar y verlo –dijo Julio–. Yo creo que ganamos si juega Julinho...

–Bueno –contestó Simón.

Y luego de una inclinación de la cabeza, Simón caminó hacia la esquina, y se perdió tras la pared.